

DAVID J. WEBER

BÁRBAROS

**Los españoles y sus salvajes
en la era de la Ilustración**

Traducción castellana de
Alejandra Chaparro
y Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción.....	15
 Capítulo 1	
LOS SABIOS, LOS SALVAJES Y LAS NUEVAS SENSIBILIDADES.....	39
 Capítulo 2	
SALVAJES Y ESPAÑOLES: LA TRANSFORMACIÓN DE LOS NATIVOS.....	85
 Capítulo 3	
LA CIENCIA DE CRIAR HOMBRES	139
 Capítulo 4	
¿UNA BUENA GUERRA O UNA MALA PAZ?.....	207
 Capítulo 5	
COMERCIO, REGALOS Y BUEN TRATO	265
 Capítulo 6	
CRUZAR LAS FRONTERAS	327
 Epílogo	
INSURGENTES Y SALVAJES, DE LA INCLUSIÓN A LA EXCLUSIÓN.....	379

<i>Notas</i>	409
<i>Bibliografía</i>	549
<i>Índice alfabético</i>	631
<i>Índice de ilustraciones.</i>	663
<i>Índice de mapas.</i>	665

INTRODUCCIÓN

Quiero saber y escribir sobre los lugares en los que los puntos de vista dispares entran en contacto, los espacios intermedios.

BARBARA KINGSOLVER, *escritora*, 1995*

En 1794, cuando se preparaba para retirarse después de una década de servicio, Henry Knox, el primer secretario de Guerra estadounidense, deploraba los catastróficos resultados del tratamiento que sus compatriotas habían dado a los indios. En su avance hacia el oeste, decía, los estadounidenses habían erradicado por completo a «prácticamente todos los indios en las partes más pobladas de la Unión». A lo largo de las fronteras del oeste, aquéllos continuaban invadiendo los territorios de los indígenas, lo que incitaba a los «salvajes» a tomar represalias y arrastraba a Estados Unidos a la guerra. Sus compatriotas, declaró Knox, habían sido «más destructivos para los indios nativos que ... los conquistadores de México y Perú».¹

Bajo la dirección de Knox, Estados Unidos había intentado diseñar una política indígena basada en la conciliación antes que en la confrontación. Knox creía que, si se les daba la oportunidad, los indios mismos advertirían, llegado el momento, lo deseable que era «poner fin al salvajismo y aceptar la civilización».² La conciliación tenía dos ventajas adicionales sobre la guerra: costaba menos y no mancillaría el honor de la

* Barbara Kingsolver, *High Tide in Tucson: Essays from the Now or Never*, Harper Collins, Nueva York, 1995, p. 154.

nación.³ Por otro lado, Knox le dijo a uno de sus generales que si los estadounidenses continuaban «destruyendo a las tribus, la posteridad considerará apropiado equiparar los efectos de nuestra conducta y el proceder de los españoles en México y Perú».⁴

Sus compatriotas habrían entendido con facilidad su alusión a la España de Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Al igual que sus precursores ingleses y angloamericanos, los ciudadanos de la joven nación deploraban lo que un escritor anglófono describió como «la inhumanidad sin paralelo [de los españoles] para con las infelices naciones indias que conquistaron, la forma en la que extirparon a los habitantes de reinos enteros y otros horribles excesos».⁵ Desde hacía mucho tiempo, España había servido a los hablantes de lengua inglesa como un modelo que había que evitar en lugar de emular; sin embargo, la España de los conquistadores ya no existía. Hacia la década de 1790, a lo largo y ancho del continente, los numerosos pueblos indígenas de Hispanoamérica habían sido asimilados más que eliminados, y la mayoría de los nativos que todavía vivían de forma independiente a lo largo de las fronteras americanas del Imperio español habían conseguido adaptarse de algún modo al mundo hispánico y viceversa.

En la época de Knox, quienes gobernaban España eran, al igual que quienes gobernaban Estados Unidos, hombres imbuidos con los saberes y la sensibilidad de la Ilustración. A principios de siglo la fatigada dinastía de los Austrias había cedido el paso al dinamismo de los Borbones. Comenzando con el reinado de Felipe V (r. 1700-1746), los Borbones introdujeron ideas frescas procedentes de Francia para hacer de España un Estado más unificado y próspero. Para reformar la administración pública prefirieron hombres con habilidades y conocimientos que nobles de alcurnia. Muchos miembros de la nueva clase dirigente tenían formación en derecho y contaban con conocimientos profundos en otras disciplinas.⁶ El economista Pedro Rodríguez Campomanes, el conde de Campomanes (1723-1802), además de derecho, estudió griego, latín y árabe. Publicó obras de historia antigua y moderna, de arqueología y de ciencias empíricas y llegó a ser miembro de academias y sociedades eruditas en España y Francia, así como de la Philosophical Society of America de Benjamin Franklin. Al igual que otros intelectuales españoles de este período, Campomanes conocía los libros europeos más influyentes de su era y frecuentaba los salones de Madrid en búsqueda de buena conversación, llegando con el tiempo a abrir el suyo propio.⁷ José de Gálvez, un individuo brillante y dinámico que dirigió el Imperio español en Améri-

ca como ministro de Indias desde 1776 a 1787, consiguió trascender sus orígenes humildes al destacar como estudioso del derecho y sumergirse en los asuntos de Estado. Aunque como estudioso no estaba al mismo nivel de Campomanes, Gálvez poseía una biblioteca impresionante para la época, que incluía títulos de historia, geografía y ciencias. Su dominio del francés le permitió leer las obras de René Descartes y de los enciclopedistas franceses en su lengua original y le dio acceso a aquellos trabajos que se traducían a este idioma, como la *History of America* (1777) de William Robertson. Una crítica severa de España como potencia colonial, la *Historia* de Robertson estaba incluida en la lista de libros cuya lectura prohibían los Borbones, como ocurría también con algunos otros de los títulos presentes en la biblioteca de Gálvez.⁸

Los reformadores borbónicos de España, como sus homólogos ilustrados en otros lugares de Europa y América, esperaban impulsar el progreso mediante la aplicación de los métodos de la ciencia a la sociedad. Racionalizaron las estructuras administrativas, buscaron formas de promover el crecimiento económico y recopilaron y analizaron datos. Algunos, como Campomanes y Gálvez, se enorgullecían conscientemente de la racionalidad y el espíritu reformista de la época. El jurista Victorián Villava consideraba que vivía en el «siglo más ilustrado» y se sentía inspirado por «la filosofía ... de sus escritos luminosos».⁹ Otros, como Eugenio Espejo, se lamentaban del limitado impacto de las ideas ilustradas. Nacido en Quito en 1747, hijo de un indígena y una mulata, Espejo consiguió licenciarse en derecho y medicina y empaparse de las ideas de los pensadores ilustrados, lo que incluye a autores extranjeros como Adam Smith, John Locke, Jean-Jacques Rousseau y Charles de Secondat, el barón de Montesquieu, y a españoles como Benito Jerónimo Feijóo y Gaspar Melchor de Jovellanos. Desilusionado y amargado por la lentitud del proceso de reforma en Hispanoamérica, Espejo se dedicó a la escritura de sátiras. Uno de sus personajes pensaba que era paradójico vivir en la que consideraba «la época del idiotismo y ... el siglo de ignorancia» y, no obstante, referirse a ella como el Siglo de las Luces.¹⁰

Al igual que otras épocas, el Siglo de las Luces o la Era de la Razón fue un período escindido por corrientes intelectuales contrapuestas. Tanto entonces como hoy, los datos recopilados mediante el uso de métodos empíricos podían leerse de formas diferentes y era posible alcanzar el mismo fin a través de caminos distintos. La racionalidad de uno podía ser el «idiotismo» de otro. Gálvez, por ejemplo, definía las provincias americanas de España como «colonias». En 1768, al parecer, se convirtió en el